da en un trípode de oro, unió definitivamente á los dos esposos con esta fórmula:

«He ahí un solo cuerpo y una sola voluntad: practicad juntos los deberes prescritos por Manou y la santa escritura. He dado mi hija Lackmy á Ponou-Rassendreu-Modeliar.»

A partir de aquel momento comenzó la verdadera fiesta, que debía durar quince días. Durante todo ese período de tiempo no tuvieron fin las comidas, los fuegos artificiales, los bailes de las bayaderas, los cantos interminables de los rapsodistas que exaltaban los altos hechos de los dioses y de los héroes. En todas las plazas, en todos los rincones de las calles de Tamblegam, los encantadores se habían instalado con sus tigres domesticados y sus serpientes; los fakires continuaban imponiéndose las más espantosas torturas, y los sannyassis, especie de medio mendigos, tendidos en el polvo, pasaban las cuentas de sus rosarios durante días enteros, recitando oraciones que tenían el don de llamar sobre la cabeza de los dos esposos una serie de dichas interminables.

Y todas las noches estallaban nuevamente, á lo largo de la bahía circular de Tamblegam, en las calles, en las terrazas de las casas, millares de fuegos artificiales y de luces variadas, que no cesaban hasta la salida de los primeros rayos del sol.

Después de haber bailado durante una hora ó dos, en público, delante de numerosos convidados de Nalla-Tamby, las bayaderas se retiraban cada noche á la pagoda de Tamblegam que, vista su poca importancia, no agradaba á aquellas sacerdotisas del culto y del amor. A continuación se escurría cierto número de ricos commoutys de Trinquemalé, de Koutchivellé, de Kandawer, Kattiar y otros lugares vecinos que, atraídos por la novedad y, sobre todo, por la notable belleza de las vírgenes locas de Chelambrum, compraban á los brahamanes á precio de oro el derecho á introducirse en el templo. El resto de la noche se deslizaba, con ayuda de las bebidas excitantes, en medio de danzas lascivas y de orgías imposibles de describir... Eso era sabido de todo el mundo en Tamblegam; pero los sacerdotes gozan, allí más que en parte alguna, de tal prestigio, que no se encontraba nada de extraordinario en esa explotación del libertinaje en el interior de la pagoda.

Los europeos no asisten más que á las ceremonias del casamiento, y de ordinario se retiran antes del festín de la noche en que se reunen todos los convidados, aunque sean suntuosamente servidos en una mesa aparte cuando quieren honrar la comida con su presencia. Obran así para dejar á los indios en compreta libertad de regocijarse sin sentir violencia.

Cosa notable: en las fiestas íntimas, el indio, que es familiar, y hasta liberal con su huésped europeo, en público se siente embarazado, tímido y no sabe qué actitud guardar.

Nosotros tuvimos buen cuidado de no faltar á esa costumbre y, para no molestar á los huéspedes de Nalla-Tamby, nos retiramos temprano á pesar de sus protestas y de las de su yerno.

Lady Hastley me ofreció graciosamente un sitio en su victoria, suplicándome fuese á comer con ella; pero me encontraba tan fatigado, que la pedí como un favor me dejase volver al bengalow, y se convino en que después del día siguiente iría á pasar la jornada á Kattiaar.

—Organizaremos una caza de elefantes salvajes en el lago Kandellé—me dijo sir John;—usted no puede abandonar la isla de Ceylán sin haberse procurado esa emoción.

Iba á comunicarle la repugnancia que sentía al ver dirigir cobardes emboscadas contra esos inteligentes y útiles animales, á quienes los más valientes no se atraven á atacar cara á cara; pero el *vindicara* (1) acababa de coger las riendas, lady Hastley me saludó por última vez con su abanico y el tiro desapareció en medio de los laureleros, de las acacias-rosas y de los tamarindos que bordeaban uno de los más encantadores caminos que he conocido, de Tamblegam á la quinta de Kattiaar. Me prometí hacer conocer mis sentimientos á sir John cuando éste me renovase su proposición.

La noche había llegado. En vez de volverme directamente al bengalow, tomé por un pequeño sendero

(1) En éste, como en todos los nombres de origen indio, el traductor conserva las palabras originales del autor, quien tampoco las ha llevado del tamul al francés.

(N. DEL T.)

apartado sobre la ribera de la bahía, lo que me permitió gozar un poco de tranquilidad y de frescura: agradable distracción después de los ruidos y de las emociones de toda clase del día.

En el día indicado, me dirigí á la casa de sir John, quien, después de algunas palabras de bienvenida y de los saludos acostumbrados, me hizo admirar al detalle todos los esplendores de su instalación.

La vida de los europeos en la India es monótona ó febril, según que pertenezcan á la administración, al ejército ó que se consagren á la especulación y al comercio.

Todo convida al *far niente* bajo estas ardorosas latitudes, y por poco que uno se deje llevar de esa ociosidad enervante pero llena de encantos, pronto se está al nivel de las gentes del país, es decir, dispuesto á no llevar otra vida que la vida contemplativa y soñadora que es la suprema dicha de los indios.

Cada vecino está obligado á tener para él y para su familia una vasta casa abierta á todos los vientos, provista de galerías y de terrazas para recibir el aire con abundancia y respirar por la noche la brisa del mar, que viene á refrescar y reponer agradablemente el cuerpo abatido por el calor del día.

En las comarcas demasiado alejadas del Océano, para recibir la bienhechora frescura, criados especiales rocían con agua continuamente las cortinas que están suspendidas entre las columnas de la galería.

El numeroso personal de los criados necesarios para el servicio, se descompone así:

1.° Un dobochy ó jefe de la servidumbre, encargado de la vigilancia general y de las compras.

2.° Un méti ó ayuda de cámara del dueño de la casa, que cuida de la ropa blanca y de los trajes, le sirve en la mesa y vela para que el baño esté preparado á horas convenientes.

3.° Una aya ó mujer de cuartos, que presta los mismos servicios á la señora.

4.° Dos ayas costureras.

5.° Un sastre musulmán.

6.° Un cocinero ó cousicara.

7.° Un paya ó ayudante de cocina.

8.° Un taniégartchie, portador de agua y fregón de la vajilla.

9.° Un vélacoucara, encargado de las lámparas y de todas las luces de la casa.

10.° Un vindicara ó cochero.

11.° Dos caballerizos para limpiar los carruajes y tener cuidado de los caballos.

12.° Dos pankahbohis para hacer mover de día y de noche los pankahs de las habitaciones.

13.° Dos totoucara, uno para hacer los baños y el otro destinado al jardín.

14.° Cuatro bohis ó portadores de palanquines.

En total, una veintena de criados, cuyo número no se sabría reducir cargando sobre los otros la tarea de los suprimidos. Los criados indios han formado con sus funciones castas especiales y es imposible obtener de ellos ningún servicio fuera de los que se les ha confiado.

Y lo que es más fuerte es que no podéis tomar ningún criado fuera de estas castas.

Primitivamente, tales castas no fueron ciertamente imaginadas por los indios que han consentido en servir á los europeos, sino con otro fin que el de disminuir en todo lo posible la tarea confiada á cada uno de ellos. Hoy, se cubren como todas las demás con el prestigio religioso, y si por casualidad pedís un vaso de agua á vuestro vindicara (cochero), éste llama inmediatamente á vuestro dobochy y le transmite la orden, diciéndoos: «Mi casta me prohibe hacer otra cosa que guiar tu coche.»

De aquí se sigue que, cuando se suprime un criado, se suprime el servicio que le estaba confiado. Despachad á los totoucara y nadie más arreglará el jardín y no tendréis preparado el baño á las horas en que acostumbréis tomarlo.

Despachad á los mozos de cuadra y vuestros caballos no comerán más.

Despedid al vélacoucara y vuestra casa quedará á obscuras durante la noche.

Haced lo mismo con el cocinero y os pasaréis sin comer. Aunque os queden quince ó veinte criados, ni uno solo, ni aun el méti ligado á vuestra persona, consentiría en haceros siquiera fuese un par de huevos pasados por agua.

Cuando un criado os abandona, es necesario reemplazarlo al instante si no queréis veros expuestos á disgustos con frecuencia serios. Demasiado afortuna-

damente, el dobochy está encargado de ese cuidado, y como es á él á quien los dueños se dirigen al menor retardo, á la menor irregularidad en el servicio, él tiene la costumbre de disponer siempre de gentes prontas á reemplazar á los que se ha obligado á despedir ó á los que se van voluntariamente.

Después del dobochy, especie de maestro Jaime que se ocupa de todo en la casa, y del méti, que cuida de vuestra persona, los criados más apreciados son ciertamente los pankahbohis, encargados de sacudir sobre vuestras cabezas durante el día y por la noche, ese inmenso abanico llamado pankah, del que está provista cada habitación y que ellos ponen en movimiento desde afuera por una cuerda que atraviesa la pared sin que puedan de ningún modo dirigir sus miradas á las habitaciones.

Bajo este útil instrumento, que lanzado á toda velocidad da una frescura deliciosa en toda la habitación en que se pone en movimiento, se puede trabajar, comer y dormir en las horas más calurosas de este clima tórrido, sin experimentar la menor fatiga.

A pesar de semejante lujo de criados, la vida no es cara en la India; el salario de estos servidores varía de cinco á diez francos por mes, no contándose su alimentación; el dobochy está pagado con quince francos solamente. Con algunos céntimos de arroz el indio hace sus tres comidas del día.

Las aves, la caza, el pescado, las carnes grasas, todos los alimentos del diario consumo son de una extraordinaria baratura y por cincuenta francos al mes se costea uno un palacio con jardines, cuadras y dependencias.

En Punta-de-Gales, Colombo, Kandy y, en el continente, en Bombay, Madras, Calcuta, por todas partes en donde hay grandes aglomeraciones de población, los precios aumentan, pero en una proporción que nada tiene de exagerada.

En resumen: la vida es generosa, fácil para todos, suntuosa por encima de toda ponderación para los bien acomodados, y si pueden vencerse los fastidios de la aclimatación en una comarca tan diferente de las nuestras, se llega pronto á perder todo anhelo de regreso, en medio de esta grandiosa naturaleza, toda poesía, flores y perfumes.

La gente moza se procura á poca costa el lujo de

una ó de varias queridas indias, pobres criaturas vendidas por sus padres en un día de miseria y que se cambian con toda la desvergüenza de un *sportman* que renueva sus tiros de caballos.

Ignorantes, dulces, sumisas, no es raro ver á esas mujeres, á quienes en su casa paterna falta de todo, dichosas en su nueva vida, aficionarse poco á poco en silencio y llorar el día de la marcha, cuando el dueño no quiere usar más de ellas.

He visto algunas que sus compradores habían guardado, por indiferencia sin duda, por un poco de afecto tal vez, y debo confesar que eran vivas, cariñosas, que estaban gozosas y con frecuencia rebosando amor su corazón. No saliendo jamás, no teniendo por todo paseo más que un rincón de jardín plantado de bananeros y de laureles-rosas, en el que estaba situada su casita, conservaban las maneras infantiles de la primera edad, sin otro cuidado que el de admirarse en el baño, trenzar sus largos cabellos y, llegada la noche, acurrucarse como un perro fiel junto al dueño buscando una mirada, una sonrisa, que el indolente no les concedía siempre, ocupado como estaba en seguir las espirales caprichosas del humo oloroso de su houkah.

He conocido á un joven oficial que durante los cuatro años de su estancia en la India retuvo en su compañía á una joven y preciosa hija de Tranquebar que había tomado á su llegada. Dulce y bueno con ella, tratándola exactamente como si fuese una mujer europea, fué á su vez objeto de tal afección, de una adhesión tan profunda, que á su marcha, la pobre, abandonada, se fué á un pueblo retirado en el campo, llorando por el que había perdido y rehusando enérgicamente todas las proposiciones que tan extremada fidelidad no dejó de provocar.

—Volveré tal vez—le había dicho su amante al separarse. Y ella aguardaba con esa fe robusta que es propia del amor de los corazones ingenuos.

Es verdad que estos ejemplos son muy raros en el extremo Oriente, pero la falta se encuentra en esos pueblos embrutecidos que no ven hoy en la mujer más que un instrumento de placer.

El rebajamiento de la mujer en la India está en las costumbres, pero no en la ley, y es triste ver á los europeos apropiarse, en este punto, de la moral relajada de los indios.

De estas uniones pasajeras, de esta mezcla de las dos razas, ha nacido una población bastante numerosa en Ceylán y en toda la península del Indostán, que ha recibido de los indígenas el nombre de *topas*, y de los ingleses el de *half-caste* (media casta), esto es, media-sangre.

Deshonrados desde su nacimiento por un estúpido prejuicio, educados al azar entre la miseria y la reprobación, repudiados por los indios, desdeñados por los europeos, estos «sangre-mezclada», incapaces de todo trabajo, orgullosos bajo sus harapos, no son más que un monstruoso conjunto de los vicios de las dos razas de que son producto.

Todas las profesiones de la magistratura, del ejército y de los diferentes ramos de la administración les están cerradas por esos mismos ingleses que en sus *meetings* de la Cité aullan estrepitosamente por la emancipación de los negros y la libertad de los pueblos. Y sin embargo, ¡qué partido se hubiera podido sacar de ellos con una buena política! Protegiéndolos, regenerándolos por la educación, se hubiese podido crear al lado de los indios un pueblo mixto, ilustrado, inteligente, más activo que los indígenas que, con el tiempo, mezclándose con ellos, hubiera combatido eficazmente los prejuicios de castas que se oponen á la regeneración de la India, y tal vez hubiese conseguido cambiar completamente este país de sueño y de inercia que, después de millares de años, duerme sobre sus gastadas instituciones, engordando al extranjero con su sangre y sus riquezas.

Pero sería absurdo ir á pedir á Inglaterra que siguiese una línea de conducta tan conforme á la civilización y á la humanidad.

Los pueblos que ha oprimido no han tenido á sus ojos otro valor que el mercantil; los trata como á sus cotones, á su carbón y á sus metales. De buen grado, de mal grado, es preciso que rindan, es preciso que escriban en el inventario: todo es bueno cuando se trata del *interés inglés*.

Sería necesario ver aquí cómo estos altos funcionarios ingleses, del género de sir Hastley, atienden á explotar las inextinguibles riquezas de esta tierra, en interés de su nación... y qué vida de fasto y de esplendor llevan estos nababs administrativos.

Deligt-House, morada de sir John, era un verdadero palacio que en su ornamentación había agotado las bellezas de Oriente y de Occidente. Los jardines y el parque eran admirables; la naturaleza hacía aquí casi toda la faena del jardinero, quien, á poco, en medio de esta lujuriante vejetación, no tenía otra cosa que hacer que trazar alamedas y laberitos.

Terminamos nuestra visita por el Korilah ó habitación de los elefantes, que encerraba cuatro de estos magníficos animales, ocupados, en el momento en que entramos en su habitación, en colocar sobre cañizos su provisión de forraje y de caña de azúcar silvestre que por la mañana habían ido á buscar bajo la dirección del hijo de su conductor, un niño de doce años cuya autoridad bastaba á impedirles gandulear demasiado en los junglares ó á lo largo de los arrozales.

—¿Para qué le sirven á usted estos animales?—pregunté á sir John;—porque pienso bien que no será simplemente por placer por lo que usted los guarda.

—Para cazar,—me respondió.

—Comprendo que eso sea para el tigre de Bengala; pero el jaguar y la pantera negra ¿valen realmente la pena de que se les oponga un adversario tan temible?

—Tiene usted razón; también la caza de que quiero hablar á usted es más emocionante y sobre todo más peligrosa que aquella. El distrito de Tamblegam y los alrededores del lago Kandellé están cubiertos de pantanos y de bosques impenetrables, asilos de inmensos rebaños de elefantes salvajes; es á estos terribles huéspedes de los junglares á los que de tiempo en tiempo vamos á turbar en sus retiros. Al elefante salvaje oponemos el elefante civilizado, y es raro que en cada batida no traigamos con nosotros triunfalmente dos ó tres de esos animales, de los que los nuestros se han apoderado y los cuales regalamos á los indios que nos han ayudado. Basta un mes ó dos de buenos tratamientos para endulzarlos y hacerles perder todo deseo de escaparse á sus bosques. Por obsequiar á usted he hecho preparar una de estas cazas para mañana. Usted no ha visto aún, estoy seguro de ello, nada tan extraordinario, tan imprevisto, tan abundante en emocionantes peripecias.

—Sin embargo, en las llanuras de Bengala he asistido, en los lomos del elefante, á la persecución del gran tigre de los *saunderbunds* (pantanos del Ganges).

—Esas dos cosas no pueden compararse la una á la

otra. Cuando se persigue al tigre real, el elefante se enfurece, carga á fondo en el camino del animal y lo aplasta bajo sus pies si consigue cogerlo con su poderosa trompa. En la caza que vamos á emprender, los elefantes, admirablemente adiestrados, despliegan para alcanzar el éxito, cualidades de astucia y de fineza de que no sabrá formarse una idea quien no los haya visto en su obra. Se trata de conducir, de grado ó por fuerza, al elefante salvaje que han conseguido separar del rebaño, de que les siga, y no emplean la fuerza sino en último extremo. Conducida con prudencia, esta caza no es muy peligrosa; es necesario no caer atolondradamente en el rebaño, que, en este caso, haría pagar cara la temeridad. Así, es costumbre dejarse dirigir completamente por los indios tchaleas, á quienes una larga experiencia de la vida de los bosques y de los junglares da la seguridad de llevar á feliz término esta suerte de expediciones.

Dichoso al saber que no se trataba, según lo creí en un principio, de ir á ponerme al acecho en lugares inaccesibles para, desde allí, enviar cobardemente una bala explosiva en el ojo ó en el oído del inteligente coloso, juzgué como una verdadera fiesta la jornada del día siguiente, en la cual no debían faltar ni las emociones, ni las observaciones curiosas, ni los peligros... Sin Amoudou, mi viaje hubiera terminado en las hornagueras del lago Kandellé.

Al volver á casa, en donde nos llamaba la campana para almorzar, sir John me hizo saber que por la noche aguardaba á dos oficiales de la estación de Trinquemalé, grandes aficionados á esta caza, y que debían unirse á nosotros con sus equipajes. Todo el día se empleó en preparativos, porque debíamos quedarnos dos ó tres días en los junglares, y mi huésped, consagrado por completo á las órdenes que tenía que dar, me dejó hasta la noche en compañía de lady Hastley y de sus jóvenes y encantadoras hijas que, por su jovialidad, el atractivo de su conversación y la exquisita distinción de sus maneras, me proporcionaron las horas más agradables que he pasado después de Katna.

Los grandes espectáculos de la naturaleza tienen sus encantos: recorrer los parajes más agrestes que se pueda hallar en el mundo, en medio de una vegetación que no encuentra igual; descansar por la noche en una hamaca improvisada, bajo los bosques, en el junglar ó en la garganta de la montaña, esperando, en medio de la calma de la noche, que vengan las fieras á abrevar en el torrente ó á cazar por los desiertos senderos lanzando roncos aullidos, todo eso sorprende, lleno de poesía y de irresistibles atractivos; pero son las grandes horas en que el hombre de la vieja Europa recupera su inteligencia, en que tiene sed de conversación, de sociedad, de la de las mujeres sobre todo, cuando tiene la fortuna de encontrar las que son de mundo y saben sostener la conversación.

Exactos á la cita, los dos oficiales ingleses de Trinquemalé llegaron á la hora del té, con seis magníficos elefantes, sus conductores y toda su instalación de campaña. Los animales fueron inmediatamente conducidos al korilah, en donde sus camaradas los recibieron con mil alegres caricias: tenían la costumbre de cazar juntos y cada vez que se volvían á ver comprendían que el día siguiente iba á ser para ellos un día de regocijo.

Algunas horas antes de la salida del sol todo estuvo presto, poniéndonos en marcha en el orden siguiente:

Ocho elefantes solamente estaban destinados á la caza. Los otros dos, provistos de vastos y cómodos haoudahs en los cuales podíamos dormir cómodamente, nos servían de montura.

Un viejo elefante nombrado Manjari (perla) iba á la cabeza del cortejo, llevando en sus lomos á su conductor y al jefe de nilmakarheia (cazadores de elefantes). Este inteligente animal llevaba él solo la dirección de toda esta caza, que conocía de larga fecha y por la cual había adquirido una merecida reputación. Sus compañeros no debían jamás perderle de vista, seguir su inspiración y reunirse á él á la menor señal.

Detrás de Manjari, los otros siete elefantes seguían en columna, llevando cada uno, además de sus conductores, dos ó tres nilmakarheia.

Luego venían Rohini (nombre de una diosa) y Balaja (perfume de jazmín), los dos elefantes encargados de protegernos y que no debían representar en la caza otro papel que el de espectadores.

El mayor Daly y yo tuvimos á Rohini por montura; sir Hastley y el capitán Elphinston se colocaron sobre Balaja.

Dos carretas de bueyes, repletas de provisiones de todas clases, cerraban la marcha. Amoudou había obtenido autorización para colocarse sobre el cuello de Rohini, al lado del conductor.

Teníamos que andar todavía veinte millas aproximadamente, esto es, cerca de siete leguas para llegar al borde del lago Kandellé. Atendiendo á la obligada detención durante las horas de calor, teníamos viaje para todo el día, no debiendo empezar la caza hasta el siguiente. En vez de tomar la carretera por Tambiegam, sir John dió la orden de seguir la pintoresca ribera de Kotti, uno de cuyos afluentes se escapa del gran lago en que las orillas, pobladas de gallinetas, cercetas, patos dorados, becasinas, andarríos y una infinidad de otros pájaros acuáticos de especies particulares del país, iban á proporcionarnos distracciones á cada instante.

No intentaré describir el maravilloso panorama que se desarrolló ante nosotros desde Kottiaar á Kandellé. Nada sabría traducir los efectos mágicos de ese sol del Ecuador á través de las lianas en flor, de las ramas de los cocoteros, de los flamantes y de los tulipanes, que hacían sobre nuestras cabezas cúpulas de verdura que la luz atravesaba juguetona. Millares de pájaros pasaban por encima de nosotros, confundiendo sus gritos, sus silbidos y sus canciones; las quejas de la paloma verde dedicada á Vischnou se mezclaban con el sonido de la trompeta del radjouvala, con el gorjeo del bengalí y con los trinos del bulbul, mientras que los grandes cisnes negros de collar blanco, interrumpidos en sus diversiones, se suspendían de las ramas para mirarnos al pasar.

Cuando abandonamos el bosque para aproximarnos á la corriente del río, siguiendo los caprichos del sendero que recorríamos, se ofrecieron á nuestros ojos los puntos de vista más admirables, cambiando de aspecto á cada instante y mostrándonos bajo todas sus fases esta espléndida naturaleza cyngalesa, ante la cual desafío al hombre más materialista á que se sienta transformado.

Hicimos alto sobre las diez de la mañana, para no desafiar sin necesidad los ardores del sol, junto á un pueblecito llamado Chetty-Colom, casi únicamente habitado por algunas familias criollas de origen portugués.

Las gentes que se llaman criollas en Ceylán no responden en nada á la idea que de ellas se han formado en Europa. Descendientes degenerados de los antiguos conquistadores de la India, viciados por la ociosidad, ociosos por orgullo, casi tan bronceados como los topas ó «media-sangre», no están poco ni mucho encima de estos últimos en cuanto al nivel moral. Los que han conservado algunos restos de fortuna, ó están, gracias á un comercio fácil, en una comodidad relativa, se esfuerzan aún en tener cierto rango; pero por muy poco que se penetre en su intimidad, se apercibe uno más que deprisa del vacío de todas esas inteligencias, amasadas con vanidades europeas y con supersticiones indias.

Educados juntamente con los hijos de los criados, contraen desde la más tierna edad perniciosos hábitos, aún vicios, de los que no llegan á desembarazarse sino muy tarde. Salvo en raras excepciones, la sociedad inglesa no los admite en su seno; todos los habitantes que no son de sangre pura, son, por lo demás, implacablemente repudiados por ella en todas las colonias.

Las mujeres de estos criollos mestizos tienen ideas muy singulares sobre el pudor: acostumbradas desde la infancia á mostrarse medio desnudas delante de los criados, sin inquietarse de su sexo, continúan más tarde haciendo su *toilette* sin preocuparse de su presencia; las hay que se hacen acometer en el baño sin ningún escrúpulo, por jóvenes indios de dieciséis á dieciocho años, y no es raro ver cómo tales intimidades conducen á tristes resultados.

Solamente el dinero decide de las clases en que aquellas gentes están colocadas: amasan alguna fortuna, se intitulan criollos; caen en la miseria, vuelven á ser lo que eran antes: topas ó «sangre-mezclada». Cuanto más bronceados son, más se aproximan á los cyngaleses y más afectan hablar de la pureza de su raza y de sus antepasados portugueses. Todos se llaman don Gómez, don Alonso, don Alburquerque, don Juan da Sylva, y no se puede contener una sonrisa viendo la nulidad moral de los que llevan esos nombres tan retumbantes. Duros, orgullosos con los criollos poco afortunados, que á su vez repudian como «sangre mezclada», contribuyen tal vez más que los ingleses aún á arraigar el prejuicio de raza, sin tener

nada por qué patrocinar esas pretensiones, admitiendo por un instante que tan absurdos prejuicios puedan sostenerse.

Un dia, una joven señora francesa, recién llegada, dirigia su saludo á un topas que, laborioso y honrado, habia sabido conquistarse cierta estimación.

—¿Saluda usted á semejante clase de gente?—le dijo una criolla, cuya piel de hollin testimoniaba su origen.

—Pero, señora—le respondió vivamente,—si yo colocase la honradez en el color, ¿á quién saludaria, pues, en este pais?

Todos los actos de su vida sufren la doble influencia del prejuicio europeo y del indio.

Supersticiosos hasta el exceso, conceden la misma creencia á los demonios de la religión católica y á los millares de espíritus malignos que pueblan el panteismo indio.

¿Están enfermos? Se llama al médico del lugar por pura fórmula; es preciso aparentar ser bastante rico para pagarse un médico inglés. Pero apenas ha vuelto éste los talones, cuando el *mestri*, especie de curandero indígena, viene á aplicar sus hierbas mágicas y á recitar los *mentrams* ú oraciones que tienen el don de curar la fiebre, la disentería ó el cólera.

Inútil es decir que la curación, cuando llega, es siempre atribuida á las jugleria del charlatán indio. Y es bastante frecuente verlos, en caso de peligro de muerte, enviar cirios y presentes á la capilla cristiana y á la pagoda; si el Cristo es impotente, Vischnou les salvará ciertamente.

En las grandes fiestas indias de las pagodas célebres, las ayas y nodrizas de los niños, traen de su peregrinación un montón de pequeños amuletos que han sido bendecidos por la mano del brahma; las madres criollas los aceptan con reconocimiento y se apresuran á pasarlos al cuello de sus *babys*, en compañía de un *ex-voto* ó de una medalla de la Virgen... Los niños están así garantidos por dos partes á la vez.

Intentad demostrarles la perfecta impotencia de todos estos amuletos, tanto los de un lado como los del otro, y ni siquiera os comprenderán.

Las mujeres criollas no son madres en este pais. Apenas viene el niño al mundo, cuando ya es abandonado á las mujeres indígenas que lo rodean, es verdad, de los mayores cuidados, porque son dulces, buenas y aman al hijo de sus dueños al igual del suyo; pero ¿qué hábitos pueden comunicarles hasta la edad de diez á doce años que queda entre sus manos?

Por la noche, desde que el niño empieza á hablar y á comprender, todos son cuentos sin fin; en los que todos los rakchasas, los devas, los sopaurnas y otros buenos ó malos genios, vienen uno después de otro, en listas espantosas, á herir la imaginación de aquellos pobres y pequeños seres y á imprimir poco á poco en su inteligencia absurdas creencias que no la abandonarán más.

Más tarde, el sacerdote quiere desarraigar todo eso; pero llega con los mismos demonios, los mismos espíritus tentadores y malos; sus historias son por lo menos tan extraordinarias como las del aya cyngalesa, se adaptan admirablemente á los cuentos fantásticos de los indios y resulta de todo eso un laberinto inexplicable de supersticiones en medio de las cuales el desgraciado criollo se debatirá toda su vida, concediendo á los unos y á las otras el mismo crédito y el mismo respeto. Y cuando muera, su familia tendrá á honor continuar esa dualidad de creencias: al lado del cirio católico colocará en un rincón de la habitación la lámpara alumbrada con el fuego sagrado de la pagoda y cuyo aceite ha sido bendecido por el brahamán; y estad seguros de que habrá en el fondo del ataúd un ramo de esas florecitas amarillas, de perfume acre y penetrante, que los indios emplean en todas sus fiestas para conjurar los espíritus malignos.

Se podria creer que semejantes aberraciones sean solamente la herencia de las clases ignorantes; los criollos que han ido á estudiar á las universidades de Bombay, de Madras ó de Calcuta no consiguen nunca desembarazarse completamente. Yo he conocido á uno que, contrariamente á las costumbres de sus compatriotas, se habia inclinado á utilizar su tiempo: entró en la administración inglesa de trabajos públicos y llegó á ocupar en Colombo un puesto relativamente importante. Pues bien, este hombre, que pasaba por muy inteligente en su servicio, no hubiera puesto jamás su cuchara en un plato de Karry sin recitar antes en tamul un *mentram* que aprendió de su nodriza y que pasaba por un preservativo contra los genios maléficos, incesamente ocupados en arrojar maleficios

sobre la alimentación para convertirla en desagradable y malsana.

No se atrevía á confesar delante de los europeos que creía en la virtud de su *mentram*, pero no se reprimía para pronunciarlo en su presencia, diciendo como paliativo: «Sería absurdo conceder la menor importancia á esta invocación, ya lo sé; pero es un hábito de la infancia, que me es querido; me recuerda á mi vieja aya, á la que amaba mucho.»

Los brahamanes se sirven del aceite de coco, que perfuman y bendicen, para untar las estatuas de sus divinidades; los fieles lo recogen piadosamente cuando se destila de los zócalos de los ídolos y le atribuyen las más extraordinarias virtudes. Los ciegos, á los cuales el aceite sagrado ha devuelto la vista, los jibosos que ha enderezado, los agonizantes á quienes ha vuelto á la vida son innumerables, si uno se refiere á la crónica religiosa, y, haciendo un uso constante de este bálsamo sagrado, uno está asegurado contra las mordeduras de las serpientes y contra toda clase de enfermedades. Nuestro hombre se lo hacía llevar en secreto de la pagoda más vecina, y se frotaba todas las mañanas la nuca y el estómago, según las prescripciones brahamánicas. Si había de emprender un viaje se pintorreaba todo el cuerpo, pretendiendo que eso daba flexibilidad y elasticidad á los miembros, y le volvía á uno capaz de emprender largas correrías sin sentir la fatiga. Pero no decía nunca el fondo de su pensamiento y éste era, en realidad, el de evitar peligrosos encuentros.

Y este hombre, yo no sabría repetirlo demasiado, estaba muy por encima del común de sus compatriotas.

El pueblecito de Chetty-Colom, en las riberas del Kotti, según ya he dicho, habitado por criollos de origen portugués, tenía su leyenda histórica. Si hemos de creer á los descendientes de aquellos osados marinos que surcaron el mar de las Indias mucho antes que las otras naciones de Europa, algunos compañeros de Lorenzo de Almeida, que descubrió Ceylán, se extraviaron en los bosques de la isla y no habiendo podido unirse á la flota del almirante portugués, rogaron á Kirti-Hissanga, rajah que reinaba entonces en Kandy, les diera mujeres, esclavos y terreno. Como esta triple demanda tuviera feliz acogida, los aventureros vinieron á establecerse en las orillas de la ribera del Kott, en donde se encontraban los terrenos concedidos, y fundaron este pueblo, al cual los naturales bautizaron con el nombre de Chetty-Belatti Colom, esto es, pueblo de los comerciantes extranjeros, llamado más comúnmente Chetty-Colom.

Ese pobre pueblecillo, cuenta hoy apenas diez familias, habitando en casas medio indias, medio europeas y no distinguiéndose de las familias indígenas ni por el color ni por las costumbres. En realidad hace ya mucho tiempo que la sangre de la Lusitania ha desaparecido bajo la sangre malabar ó cyngalesa.

Cosa notable, sin embargo: los hombres visten á la moda europea, y las mujeres, que en lo interior no tienen más que el simple paño cyngalés, para salir se visten largos trajes talares y sombreros fantásticos, fabricados con el sacabocados en los talleres de Sohoquare para las señoras de la costa de Africa y para las soberanas reinantes de la Malasia.

Entre ellos, han conservado igualmente el uso del portugués. Y el mayor Daly me afirmó que, sin embargo de no haber sostenido este pueblo desde su fundación relaciones con la madre patria, los descendientes de los compañeros de Almeida hablaban todavía hoy la lengua de la época de Camoëns.

Algunos instantes después, sir Hastley me decía; «Esas gentes creen hablar el idioma de la madre patria, pero su lengua no es más que una mezcla de portugués, de tamul y de indostánico.»

Me disponía á engolfarles al mayor Daly y á sir John en una discusion, haciéndoles romper una lanza en el terreno de la lingüística, cuando el mestri ó jefe del pueblo, el señor Alvarez-de-Castro, vino á presentar sus homenajes al señor recaudador, dirigiéndose á éste en portugués. Como ninguno de nosotros comprendía esta lengua, la cuestión quedó resuelta y se empeñó la conversación en tamul.

Después de un alto de algunas horas íbamos á ponernos en camino para alcanzar el bengalow de Kandellé antes de que llegara la noche, cuando los sonidos de la trompa indígena, lanzados desde el borde de la ribera, un poco más allá del pueblo, atrajeron nuestra atención, oyendo los gritos de *¡igné va, ¡igné va!* «¡Vengan ustedes aquí, vengan ustedes aquí!» y, decididos á aproximarnos, apercibimos un monstruo-

so caimán que forcejeaba en el agua, retenido por una fuerte cadena, en el extremo de la cual había un garfio de hierro acerado, que le atravesó la mandíbula cuando trató de engullir el cebo destinado á sorprenderle.

El animal hacía esfuerzos gigantescos para desembarazarse, sin poder conseguirlo. Lianas, hierbas, cañas, todo lo que se encontraba en torno suyo, había sido descuartizado en pedazos por su terrible cola. Rebotaba sobre sí mismo, cayendo al suelo pantanoso que comenzaba á teñir con su sangre. Cuando apercibió á los elefantes que nos habían seguido, á pesar de todos los esfuerzos del mundo, hechos por los conductores para impedir que aquéllos se arrojasen sobre él, el caimán se echó hacia atrás, tirando de la cadena con todas sus fuerzas y tratando de sumergirse en el río para escaparse de los terribles enemigos que acababan de aparecer.

Esta manera de apoderarse del caimán es común en Ceylán. Solamente, que el animal es desconfiado; es necesario tener cuidado en disimular hábilmente la cadena, de escoger bien el cebo; una trampa mal colocada jamás conduce al éxito y el caimán que se ha librado una vez de ella, no cae más en el anzuelo, descubre las más astutas combinaciones.

Cuando el caimán se ha dejado coger así, el matarlo no es más que una mediana dificultad para el indio, si no posee armas de fuego.

Cuarenta, cincuenta individuos atraen á tierra al caimán agarrándose á la cadena con precauciones infinitas; se pasa la cadena entre dos ramas de árbol, bajo las cuales se ha amontonado una gran cantidad de paja, de hierbas y de madera seca, que se encienden cuando se ha conseguido llevar al animal hasta encima de la hoguera.

Inútil es decir que la cadena y las ramas deben ser de una solidez á toda prueba.

En el estrecho de Malaca, en Java, en Borneo y en las islas de la Sonda, los indígenas atraen al caimán á un foso y allí lo matan. En el Gabón, en el centro de Africa y en Madagascar, los envenenan con cebos hábilmente preparados.

Nuestros elefantes mugían de furor, todos querían precipitarse sobre el animal, pero no podíamos permitirles marchar á la ventura por temor á que, por

inexperiencia, no se hiciesen herir en la trompa, y Manjari, bajo la dirección de Saverinaden, el jefe de los nilmakheia, fué el encargado de dar muerte al caimán.

El viejo elefante, durante el curso de su larga existencia, siglo y medio próximamente, había adquirido la experiencia de las cazas más difíciles y se podía, sin peligro, dejarle medirse con el caimán. Había nacido en 1726, en la corte de Sri-Wedjaga-Singha, rajah de Ceylán, y había pertenecido á una serie de gobernadores holandeses é ingleses, poniéndolo siempre á la cabeza en sus expediciones de caza. Sir Jonh poseía su hoja de méritos y servicios, que era muy soberbia.

Apenas Manjari hubo recibido la orden de matar al caimán, se aproximó á la ribera como para inspeccionar la posición de su adversario. Atacándole de frente, corría el riesgo, á pesar de toda su habilidad, de hacerse cortar su trompa, y no podía aplastarlo bajo sus pies, porque estaba completamente sumergido en el cieno; era necesario que pudiese atraerlo á tierra para que pudiese empeñar el combate en la ribera.

Después de algunos minutos de observación, Saverinaden lo enfureció con la voz y con el gesto y Manjari no vaciló ya más. Remontando la ribera un poco más allá del punto en que quería aguardarle, se lanzó resueltamente al agua y se dirigió nadando sobre el caimán, quien, al verlo aproximar, renovó sus botes y sus esfuerzos para desembarazarse del garfio de hierro que le impedía huir. De pronto, cuando la distancia que le separaba del elefante disminuía visiblemente, el animal se lanzó fuera del agua para intentar en tierra una fuga que no había podido realizar en la ribera.

La estratagema de Manjari no había tenido, sin duda, otro fin, porque ganando la orilla con una asombrosa rapidez, se encontró frente á frente de su adversario, cuando este último, habiendo corrido hasta lo alto de la cadena y convencidose de la inutilidad de su tentativa, volvía sobre sus pasos para sumergirse de nuevo en el río. El elefante levantó en alto la trompa, poniendo así al abrigo la única parte vulnerable de su cuerpo, y, con una agilidad de que no se creería capaz á este coloso sino viéndolo manos á la obra, se precipitó sobre él y, en dos golpes de sus te-

rribles defensas, le rompió los riñones y le pulverizó la cabeza, con gran aplauso de todo el vecindario.

Hecho esto, Manjari volvió á colocarse á la cabeza del cortejo sin ocuparse más del acto que acababa de realizar. Se veia solamente en el pestañeo de sus ojillos y en los movimientos precipitados de sus largas orejas, que estaba contento de si mismo.

En el momento en que continuábamos nuestra marcha, los habitantes del pueblo le regalaron un enorme paquete de ananas liadas juntas por medio de lianas, y los conductores las repartieron inmediatamente entre todos los elefantes de la cuadrilla. Yo no sé cuánto se puede obligar á estos animales con estos frutos, para los que son golosos sobre toda ponderación.

Acabábamos de perder una hora bien contada y era preciso que nos apresurásemos si queríamos llegar antes de la noche á nuestro destino.

El dia declinaba rápidamente cuando echamos pie á tierra delante del bengalow de Talawa, en donde debiamos pasar la noche. Sir John habia hecho bien las cosas; los criados del establecimiento habian sido advertidos, nuestras habitaciones estaban preparadas, los mosquiteros colocados encima de las camas. Sentados en torno de la galeria, los pankabohis no esperaban más que una señal para lanzar sus pankahs á toda velocidad; las cocinas humeaban y embalsamaban el aire; la comida estaba dispuesta.

Este bengalow, situado en la costa Noroeste del lago Kandellé, lejos de toda población, de toda habitación, de todo camino frecuentado, no servia apenas más que para punto de reunión de los cazadores, y no hubiera ciertamente entretenido los gastos del gobierno inglés si no fuese ocupado cinco ó seis dias al año por el ingeniero de los trabajos de la provincia, que venia á medir las márgenes del lago después de las grandes lluvias.

Las costas Este, Sudeste y Sudoeste, festonadas por los pueblos de Kandellé, Permamadua, Ratna-Colom, Mahavellé, Chatnagam y Kandaverré, están muy habitadas y son muy fértiles. Los campos de arroz, de poddy, de cereales, de tabaco, de natchné, de wargo y de bétel, están regados por numerosas tomas de agua practicadas en el lago, y es para calcular el volumen de agua que cada propietario podrá recibir durante el año por lo que el ingeniero viene á cubicar

la cantidad de agua dada de más en la estación de las lluvias: esta cantidad solamente, habida en consideración al nivel del lago, es la que se distribuye.

Antes de entrar en el bengalow lancé una rápida ojeada sobre los lugares que debiamos explorar al dia siguiente.

El sol iba á desaparecer á lo lejos detrás de las llanuras de Anouradhapour, coloreando ligeramente con sus últimos rayos la superficie de los grandes bosques que se extienden al Noroeste de Tamblegam y Kandellé en una extensión de sesenta á ochenta millas.

A menos de una legua del bengalow de Talawa comenzaban los pantanos y los junglares, inabordables de otro modo como no sea en los lomos del elefante. Allí viven en paz en las hornagueras y sobre la tierra firme, en medio de todas las variedades conocidas de la caza, millares de cocodrilos, boas y serpientes á cual más peligrosas, en vecindad con la pantera negra, el jaguar y los elefantes salvajes, estos últimos tanto más peligrosos cuanto más tienen la intuición del peligro, y no abandonan la persecución de su enemigo sino delante de obstáculos infranqueables. Estas comarcas, por la misma naturaleza de sus terrenos, no pueden ser habitadas. Así, desde hace muchos siglos, las fieras se desarrollan con seguridad, desafiando todo ataque del hombre, desde el fondo de sus guaridas protegidas por los pantanos sin fin y por bosques impenetrables.

Durante los dos ó tres minutos que la noche tardó en reemplazar completamente al dia, no existiendo, por decirlo así, el crepúsculo en las regiones ecuatoriales, apercibí innumerable cantidad de chacales que, saliendo de todos los breñales, de todas las espesuras, comenzaban con la caida del dia la requisa de sus alimentos, lanzando gritos plañideros y lúgubres que cualquiera creeria, desde lejos, el llamamiento de una criatura humana herida de muerte.

El chacal es el gran veedor ó intendente general de la India; en ninguna parte se encuentra en número tan fabuloso y cierto que en gran parte contribuye á salubrificar esta comarca, haciendo desaparecer rápidamente todo cuerpo en putrefacción.

Yo me encontraba en la galeria del bengalow, perdido en un sueño profundo, mirando espesarse las sombras que esfumaban las diversas perspectivas del

extraño paisaje que tenía bajo mis ojos, escuchando vagamente esos mil ruidos de la noche que se levantan por todas partes: de las aguas, del lago, de los pantanos, de los junglares y de los bosques, cuando el dobachy de sir John vino á anunciarme que la comida estaba servida.

El cocinero, enviado expresamente la víspera desde Kattiar, era un verdadero artista de la escuela francesa; su dueño le había hecho venir de Pondichéry, en donde varias generaciones de magistrados le habían inculcado esos principios del *bien comer*, á los cuales, según un célebre gastrónomo, la humanidad debió lanzarse más de prisa que á la conquista de un reino.

Me explicaré, para que no se crea esto un cuento de las orillas del Garona.

Pondichéry tiene una audiencia y un tribunal de primera instancia. ¿Qué hacer fuera de las horas consagradas al estudio de los expedientes y á las audiencias? Los magistrados continúan las gloriosas tradiciones de Brillat-Savarin, *uno de sus*... Por tanto, los cocineros que salen de la capital de nuestras posesiones francesas, son muy estimados en la India entera.

He conocido allí á un procurador general, Mr. X... hombre de un espíritu delicado, selecta conversación, hasta el punto de que se pueda preguntar si no fué instruído en compañía de Fontenelle, en los salones de Ninon. Es él quien hizo esta gracia, publicada en Francia por su sustituto, que tenía aficiones de bulevardier, y que dió la vuelta por toda la prensa alegre.

En una *soirée* del gobernador, todo un enjambre de jóvenes encantadoras se hallaba revoloteando alrededor del grave jefe de la magistratura, esperando de él bien uno de aquellos cumplimientos de los que él solo tenía el secreto, bien una de aquellas historias que él sabía decir tan bien. De pronto, como no respondía á tales insinuaciones, todas á coro se pusieron á abrumarle á cumplimientos sobre un magnífico pantalón de color de manteca fresca; que destacaba sobre el negro de los otros invitados. «Señoras—respondió el procurador general,—puesto que esta prenda tiene el don de agradarlas, permítanme que la deposite á sus pies.»

No se podría creer cuánto ese espíritu, al cual no puede imitar el extranjero sin pecar de licencioso, ha

hecho envidiar la patria de Rabelais más allá de los montes y de los mares... Conservémoslo, pues.

Pues bien, este procurador general, á quien eso no impedía ser un sabio y un letrado, tenía tal talento para disponer una comida é instruir á sus cocineros, que no podía retener ninguno: el oro de la pérfida Albión, seducía á todos desde que estaban iniciados.

Vuelvo á los junglares del lago Kandellé, de los que sin darme cuenta me he separado por una caprichosa asociación de ideas.

Todos los recursos de la cocina europea, unidos á los de la indostánica, habían sido puestos en práctica por el maestro cocinero de sir John, quien quiso mostrarnos lo que se puede hacer en medio de los junglares. Es cierto que debo decir también que tal vez en ninguna comarca del mundo se nos hubiese podido suministrar tan gran cantidad de caza y de tan variadas especies.

Hacia las nueve, sir John y los dos oficiales, vencidos en una lucha homérica con el Château-Laffite y el Licot, eran conducidos á sus camas.

Los ingleses no comprenden la caza en la India sino con las comodidades y el lujo más insensatos. A cada comida de la noche, y bajo cualquier latitud que esta sea, su champagne se hiela artificialmente por medio de máquinas especiales, y comen en vajilla de plata. Así, con sueldos de ciento á ciento cincuenta mil francos anuales, estos caballeros del *civilian service* encuentran el secreto de cargarse de deudas.

Antes de retirarme á disfrutar algunas horas de reposo, salí á la galería á respirar el aire fresco que la brisa de la noche me traía del lago, con los olores acres y penetrantes con que se perfuma al pasar sobre los bosque de caneleros, tamarindos y acacias. De tiempo en tiempo, en medio de los chillidos de los chacales y de los maullidos de los gatigres que rondaban alrededor del bengalow, yo percibía las notas más graves, más salvajes del búfalo ó del jaguar que abandonaban los junglares para venir á saciarse en las aguas del lago, y á los cuales, nuestros elefantes, encerrados en torno del bengalow, respondían con rugidos sordos y prolongados.

Durante toda esta noche, los nobles animales estuvieron inquietos, nerviosos. A cada instante se escuchaba la voz de los conductores que rompían el silen-